

BOLIVAR: CONFLICTIVO UNA VEZ MAS

Carmelo Vilda

Cinco meses de filmación, en cuatro países diferentes y al costo de 14 millones de bolívares constituye un récord en la filmografía nacional. Betty Kaplan había asumido el riesgo y por fin creyó que podría descansar tranquila. Han transcurrido tres meses. La serie BOLIVAR ya está lista pero VENEZOLANA DE TELEVISION Canal 8 no la exhibe. La historia de nuestro cine tiene una nueva víctima de la "censura". ¿Motivos patrióticos? Nadie explica las razones, nadie señala los defectos... pero en el Canal 8 BOLIVAR sigue vetado. Y como nadie arriesgó los "reales" nadie tampoco se preocupa de generar un movimiento de "opinión pública" que desbloquee la censura.

He sido uno de los afortunados ¿se pueden contar con los dedos? que pude ver en privado (como si se tratase de algo clandestino) la serie completa: nueve horas. Creí que frente a la bazofia populista que promocionó el Canal 8 durante el Bicentenario, el BOLIVAR de B. Kaplan podría ser un homenaje de reparación.

A la Revista SIC le interesa Bolívar y le preocupa la "censura" de cualquier tipo que sea. Estas consideraciones nos movieron a redactar el juicio sobre esta producción fílmica que nadie ha visto en Venezuela. ¿De nuevo Bolívar desterrado de su patria?

Recio, compacto, vigoroso. No se trata de un espectáculo de ensimismación patriótica sino de una producción con sentido histórico pensada, investigada y además requetesentida con calor y afecto americanos. Una serie realizada desde los países bolivarianos para toda la América hermana! Me sorprendió desde el principio el hallazgo de una expresión fílmica leal a la historiografía más conspicua ajena al panfletismo escolar. En este sentido BOLIVAR constituye la culminación consecuente de un proyecto cultural que se inició con la serie CAMINOS QUE ANDAN. ¿Se acuerdan de César Vallejo, Andrés Bello, Antonio Estévez, etc...?

Betty Kaplan llega, por tanto, a BOLIVAR precedida de trabajos sometidos a rigurosas indagaciones históricas. Llega avalada por credenciales suficientes para abarcar la enorme envergadura de una personalidad, tan pluridimensional y de tan entrañables resonancias. Lo asume con muestras inequívocas de independencia y honradez profesional, respaldada por el contundente GUION de Norberto Díaz Granados. Precisamente por su densidad resulta a la larga conceptual y discursivo más comprometido con el deseo de agotar el pensamiento textual de Bolívar que con el ritmo cinematográfico.

BOLIVAR de Betty Kaplan no es pretexto para... No favorece tendencias

políticas ni pretende ocultar defectos. El tema raigal es Bolívar, sin concesiones taumáticas o evasiones tangenciales. Bolívar como sustancia y premisa, como testimonio egregio de su época. ¡Tal cual! ¿Nos sorprende?

ESTRUCTURA INTERNA

La serie consta de nueve capítulos a lo largo de nueve horas. Arranca en París, año 1803, cuando después de conversar con Humboldt sobre la madurez de las Colonias para conseguir la libertad

desahoga a gritos la decepción de un Napoleón Emperador. Termina cuando se dirige rumbo a Cartagena (1830) con el proyecto de embarcarse hacia Europa, poco antes de morir. Algunas retrospectivas nos traen los sucesos anteriores a 1803.

Es fundamental para la mejor comprensión del film captar su estructura interna fácilmente perceptible, caminante, progresiva casi en riguroso itinerario cronológico:

a) El Bolívar de la Libertad

"Vencer o Morir". La primera secuencia ofrece a bocajarro la clave: ante los selectos y atónitos representantes de la sociedad parisina (incluido el Cardenal) encaramado sobre la mesa, Bolívar dirá "lo que pienso y siento sobre la libertad". A continuación la escena-rótulo que encabeza todos los capítulos de la serie corrobora el mismo tema de la libertad: olas rampantes del mar, un caballo sin arneses y sobre él Bolívar en camisa, suelto, despojado de atuendos protocolares.

Prescindir del nacimiento e infancia del Libertador me parece una decisión inteligente. Todas las caracterizaciones que otras películas han ofrecido hasta ahora resultan desoladoramente ficticias e impostadas.

Esta primera parte es la más larga



y está realizada con una concepción acusadamente enfática y militar. Abarca hasta 1824. Bolívar es el estratega de la Campaña Admirable, Carabobo, Boyacá y Junín. "¡14 años sin parar el tróte!" hasta "enseñar a los pueblos a vivir en libertad".

b) El Bolívar de la Integración

"Naciones hermanas de corazón". Ahora los símbolos serán sus edecanes, el escritorio y las numerosas cartas que redacta o recibe. A partir de la batalla de Ayacucho (1824) su preocupación es mantener a las nuevas "naciones unidas y estrechadas por políticas comunes" y exige la necesidad de "unidad e integración". Ya no viaja de Caracas a Lima pasando por Bogotá o Guayaquil para guerrear sino para soplar la llama de la colaboración. ¡Cómo le duele el fracaso de Panamá! Idas y venidas conciliadoras tratando siempre de combatir la corrosión separatista que detecta en algunos caudillos regionales. Y cuando no puede llegar apelará a las cartas y más cartas.

La secuencia de Sacsaihuamán señala la cúspide de la carrera bolivariana. Siguiendo los versos del poeta Olmedo, cuya correspondencia la recibe Bolívar precisamente en el Cuzco, Betty Kaplan recrea una de las escenas más bellas, sugestivas y poéticas del film. La cámara en travelling constante va despertando del letargo a las piedras, al agua y las vicuñas... Todo eso que es "¡La América en su esencia!"

Pero durante el capítulo VI la narración se atraganta. Pierde esplendor a medida que el montaje pretende acumular demasiadas imágenes que al precipitarse no tienen tiempo para desahogar su contenido. Se nota un cierto aturdimiento, frenazos que provocan arritmias narrativas. Se complica la intelección, hay menos oxígeno, menos horizonte, más palabras e ideas constreñidas. La cámara se concentra en las dimensiones espaciales del salón de reuniones, del escritorio, de las recámaras interiores, en las sedes de los conciliábulos. Creemos que estamos en un aula y no en una sala de cine.

c) El Bolívar de las Decepciones

"Mi gloria... mi gloria... ¿por qué la persiguen?". A partir de 1828 los acontecimientos se precipitan hacia el abismo de la tragedia prometeica. El poder central se desmorona acosado por caudillos (Páez, Flores, Santander). Comienza la pasión y muerte de Bolívar "¡y eso que no me gusta perder ni en el



juego!" dirá después de haber perdido algunos pesos jugando a los naipes. Pero ahora resulta que incluso le quieren sustraer el honor de ser Libertador.

La cámara se va llenando de neblinas y la tos ya no lo abandonará hasta la muerte. La serie no describe la defunción ni siquiera los últimos días transcurridos en la quinta San Pedro Alejandrino: ¿Un acierto habernos privado de esa página telenovelera? Por supuesto. Así la serie se mantiene como obra abierta. Bolívar no muere, llega hasta nosotros vigente en sus proyectos todavía no realizados. No se trata por tanto de una conmemoración, de sacar su imagen del nicho para exhibirla en la fiesta sino de una devoción viva y candente al pueblo, al ciudadano de hoy, su genuino propietario.

El capítulo IX (final) es el más humano. Hay, sobre todo, tres momentos emotivos que puntean las cimas del estremecimiento. Mientras Bolívar se viste lenta y pausadamente poco antes de salir por última vez de Bogotá uno evoca la ceremonia de los toreros cuando se ponen el traje de luces poco antes de la corrida, en silencio profundo de tragedia. El liberto Palacios, a la vez, fiel hasta el final, recoge los objetos de plata que es preciso vender porque "¡Bolívar no tiene un céntimo!". Por fin, la despedida de Manuela, sobria, sin palabras, con ese dolor tan profundo contenido en el brocal del alma.

LUCES Y SOMBRAS

El saldo final por supuesto es positivo. La serie resulta concienzuda, directa, desnuda y sin mediatismos, coheren-

te hasta el final, actitud no frecuente en la filmografía sobre Bolívar. El Libertador no aparece flotante en la lejanía del recuerdo épico o en el ensueño nostálgico sino en la fidelidad hasta el detalle, tan minucioso que a ratos la serie se hace pesada y lenta como paso de buey. Falta entonces agilidad dramática aunque nunca se convierte en ceremonia. Nada se abulta o se deforma, ni mucho menos se parodia para reborderar mejor determinados efectismos.

No es un montaje de acopios realizados por antecesores. Se trata de un proyecto inédito que exigió comenzar de cero, de un montaje que abarca la personalidad del Libertador en su tiempo, en su sociedad sin conjurarla ni abdicar de ella. Logra así, dibujar un inmenso mural de impresionante verismo histórico. Gracias a la asesoría de historiadores (Acosta Saignes) archiveros y expertos en vestuarios o armamento de la época (General (R) Héctor Bencomo) reconstruyen escenas castrenses o palaciegas que son verdaderas caligrafías.

Betty renuncia desde el principio a la simbología para seguir el hilo de la narración didáctica. No se engorran los acontecimientos para no distorsionar la historia. Son los hechos desnudos en sobrio encadenamiento natural quienes actúan. No recurre a voces en "off" o portavoces que señalen pautas, énfasis o explicaciones interpuestas.

Factor fundamental del éxito son los niveles de actuación, la Música y la Cámara. Mariano Alvarez, como Bolívar, realiza una interpretación formidable, convincente. Consigue ajustarse a su temperamento tan versátil. A pesar de

su continua e ineludible presencia sabe rodar al personaje con natural evolución matizando siempre los detalles. No descuida ni siquiera los pasajes más anodinos. Resuelve la actuación con plasticidad expresiva, con vitalidad y derroche en los numerosos arrebatos. Podremos dudar de la caracterización tan juvenil pero no de su trabajo actoral. Igualmente radiante Manuelita Sáenz y el Simón Rodríguez de Luis Pardi.

Algo análogo hay que afirmar de la Banda Musical. Soñadora y pegadiza en sus motivos recurrentes, a veces como decoración acústica y otras con significado sustantivo. La melodía llanera, andina o romántica de salón no sólo acompaña o describe sino que sugiere y protagoniza.

Espléndida también la Fotografía. La luminosidad cromática de algunas escenas andinas soleadas parece más de cuadro que de cámara. Hay ciertamente un uso simbólico de la luz. Antes de las batallas ¡cielos oscuros!, después del triunfo ¡claridad que baña las poblaciones y los rostros liberados! La cámara sabe situarse para explotar los flancos más dinámicos o acentuar el ritmo espacial de las masas. En cuanto al sonido se advierten resquebrajaduras. Sobre todo ciertos diálogos que se pierden precipitados o diluidos.

En general encuentro el Montaje muy denso. Motiva más a pensar que a ver. La narración demasiado lineal, a ratos monótona, a pesar de las retrospectivas que rompen el ritmo y aligeran el discurso antes de que se agote del todo. Bolívar es profundo, posee enorme fuerza interior pero tan real que se echa en falta lo sugestivo de su personalidad. No me convenció el desarrollo de las batallas, ¡tan escuálidas! Betty trabaja más las estrategias (más fácil, evidente) que la propia confrontación. Carabobo, Junín, etc... resultan lánguidas, sin espectacularidad y no me refiero a los acordes épicos que debieran suscitar sino más bien a la ausencia de movimiento de masas que toda acción bélica implica.

Hay algunas ausencias. No aparece la preocupación por suprimir la esclavitud (influencia de Petión en Haití) ni el deseo de favorecer a los soldados con reparto de tierras. Falta su "perfil de pueblo". Tampoco asume las relaciones con la Iglesia local o con el Vaticano. "La unión de la espada y el incensario" por motivos cívicos significó en boca de Bolívar una situación semejante a la que se perpetúa todavía hoy en los países bolivarianos.

Las victorias de Boves y sobre todo su "carisma popular" frente a los mantuanos enseñaron mucho a Bolívar y le señalaron el camino hacia la peonada realista. El asunto Piar por sus descargas ideológicas merecía tal vez un tratamiento más extenso. Por último no aparece suficientemente matizada la evolución política del Libertador. No es fácil acotar las tentaciones absolutistas o los meandros de su pensamiento republicano liberal y los devaneos conservadores (¿miedo senil a la pardocracia?): "el pueblo en la boca y la aristocracia en el corazón".

¿QUIEN TIENE DERECHO A SER CUSTODIO DE BOLIVAR?

¿Tiene Venezuela madurez para ver BOLIVAR de Betty Kaplan? Sólo el fanatismo y la arrogancia sectaria pueden tildar de "inexhibible" la serie más valiente, intelectual y comprometida que ha realizado la Televisión venezolana. Condenarla al ostracismo es una necedad inquisitorial, algo así como vetar la inteligencia.

¿Será una serie popular? Eso es otra cuestión. El pueblo, al menos, no la rechazará. Temo que los aspavientos y desgarraduras de pecho provendrán de ciertos cenáculos hipócritas, muertos a la historia y a la sensibilidad del país. Yo me he sentido emocionado ante un Simón Bolívar profundo, genial, que se baja del caballo y llora por sus soldados, que presiente las desgracias del imperialismo norteamericano y lo denuncia, que besa a Manuela Sáenz y se arrulla en su ternura, que evoca con cariño húmedo a su esposa María Teresa, que golpea con furia las mesas o rompe vidrios cuando le salen mal los proyectos o cuando increpa la deslealtad de Páez y se emociona soñando con una América sembrada de escuelas...

¿Ha molestado a los custodios oficiales la imagen de un Bolívar demasiado mestizo, bajito y "esmirriado"? ¿Un Bolívar manejado por Manuelita Sáenz? ¿Un Bolívar desgañado, colérico, a veces, hasta el paroxismo? ¿Un Bolívar más querido en Lima o Quito que en Caracas? ¿Un Bolívar que llama traidor, patricida y carajo a Páez? ¿Un Bolívar que juega a la baraja?

¿O más bien les ha molestado que alguien ¿intruso? se haya tomado la libertad de peregrinar al Panteón para sacar de allí a Bolívar, despojarlo de los atuendos apócrifos y rescatarlo de los canónigos, barberos y edecanes que montan guardia en su tumba? El Bolívar épico que custodian los palafreneros ofi-



ciales no tiene nada que ver con la historia y por tanto con nuestra realidad actual. Siempre será alguien distante, detenido en su tiempo, embalsamado en un nicho de la eternidad e idealizado como objeto de veneración. Pero Bolívar nunca fue así para su pueblo.

La serie BOLIVAR es un homenaje a la integración continental y al despojamiento de quien en busca de la liberación de su pueblo sale como Don Quijote (también majadero como él) a "desfacer los entuertos americanos".

Un mensaje explícito y pedagógico para esta coyuntura en la que Venezuela se derrumba cobarde y llorona y existen autoridades que niegan al artista la libertad creadora.

Ciertamente al Libertador le hubiera ofendido que en nombre de no sé cuál "bolivarismo" se bloquee la exhibición de su propia historia, esa que Betty Kaplan y su equipo quieren contar a la juventud venezolana.

¿Tampoco en el ocaso de su Bicentenario podremos rescatar al Bolívar histórico sin esa decoración de purpurina patrioter, de mal gusto y chapucera que le han endilgado algunas producciones oficiales sin experiencia de lo grande y profundo?

Pero... en fin, ya lo dijo el productor de cine Samuel Goldwyn: "Ciertas mentalidades estrechas justifican su existencia empleando tijeras en vez de la inteligencia".